

## LA MOMIA PSICOANALÍTICA

De los cinco grandes historiales de Sigmund Freud el Hombre de los Lobos es, con seguridad, el que más problemas presenta a la teoría y a la técnica del psicoanálisis, considerado por muchos analistas como un fracaso de tratamiento, blanco de un sinfín de críticas entre los detractores del psicoanálisis, objeto de polémicas que ha interpelado no solo a psicoanalistas sino también a filósofos e historiadores, en mi opinión es precisamente de esos escollos e incluso de esos fracasos que nos expone el historial de donde se desprenden una cantidad de matices, hallazgos y preguntas, que aportan la indiscutible riqueza que posee este material.

¿Qué es un historial clínico? El historial freudiano no es (solo) un género literario único, tal vez vetusto para algunos, pero sin dudas escrito con una maestría implacable que puede fascinar al lector con personajes y un paisaje que bien podría ser digno de *Los hermanos Karamazov* de Dostoyevski en este caso, sino que un historial es fundamentalmente un método de lectura clínico, es decir, que el historial no es la experiencia en bruto que el analista tiene con su paciente sino su redoblamiento teórico a partir del cual se conceptualiza el caso, eso es hacer *clínica* psicoanalítica. La elucubración teórica que el analista hace de los obstáculos y las maniobras transferenciales, de los efectos y defectos de las interpretaciones, de las construcciones en los confines del recuerdo y sus consecuencias, de los cambios de posiciones subjetivas o la tenacidad de sus fijaciones, de las coordenadas que precipitan el fin del tratamiento o los residuos transferenciales que lo vuelven interminable, eso es un historial. El historial siempre posee un carácter fragmentario, piezas de un rompecabezas que no hacen a ninguna totalidad. Este carácter parcial y fragmentario que tiene el historial reside en que se escribe no para demostrar lo consistente y eficaz que es la teoría psicoanalítica sino principalmente para problematizarla, para interrogarla e incluso cuestionarla, para hacerla avanzar a fuerza de las dificultades que salen al cruce en el caso.

¿Cuáles son estos problemas? Algunas de estas dificultades que se intentan zanzar son las que están escritas por el puño y letra de Freud, y otras de ellas que se despliegan más allá de los problemas por él delimitados hacen de este historial una fuente inagotable de referencias que aun hoy gozan de absoluta vigencia y actualidad.

El telón de fondo es el debate que mantiene Freud con Jung y con Adler acerca del papel que juega la sexualidad infantil en la contracción de la neurosis. Sabemos que Freud no descubrió la sexualidad en la infancia, antes que él Alfred Binet, por ejemplo, en 1887 explicaba la formación del fetiche a través de un mecanismo sobrevenido en la infancia: el objeto que se elevaba a título de fetiche quedaba asociado y fijado tras reiteradas situaciones en las que coincidirían una excitación sexual del niño con la percepción del objeto. Krafft-Ebing en 1895 consideraba cierto papel sexual infantil en las *psychopathias sexualis* que denominaba *paradoxias*, donde manifestaba que “las emociones de la vida sexual pueden aparecer ya en la infancia”<sup>1</sup>, lo que era explicado por medio de algún tipo de accidente como podría ser un sarpullido en la periferia de una zona erógena, su concomitante picazón y el sentimiento de voluptuosidad que se ligaba al rascarse. También Michel Foucault advierte en su *Historia de la sexualidad* de qué forma tanto los reglamentos como las disposiciones espaciales que regían los *Lycées* a principios de siglo XIX presuponían una sexualidad infantil masturbatoria que se intentaba proscribir. Por lo demás, la distinción contundente que traza Freud desde sus *Tres ensayos* de 1905 respecto a sus antecedentes que le atribuían a la sexualidad infantil causas contingentes o accidentales, es formular el carácter estructural y por tanto universal de la sexualidad infantil como perversa polimorfa, y en este sentido subrayar lo inadecuado que es utilizar el término perversión reprobatoriamente, sin sentenciar a toda la condición humana.

Este caso en particular en el marco del debate con Jung y Adler va a echar luz para Freud sobre la incidencia de la sexualidad infantil en la formación de la neurosis, de allí el título *De la historia de una neurosis infantil*, donde lo que va a poner a prueba es la hipótesis de que toda neurosis adulta tiene su asidero en una neurosis en la infancia y que por medio de la técnica psicoanalítica es susceptible indagar la causalidad de los síntomas hasta sus últimos resortes pulsionales.

De los problemas que se desprenden más allá de la pluma de Freud uno de los más notables es lo que el caso puede enseñarnos acerca de la función del diagnóstico en psicoanálisis y sus dificultades. El Hombre de los Lobos fue considerado por uno de los maestros de la psiquiatría alemana clásica, Emil Kraepelin, quien lo trató en un internado antes que Freud, como un psicótico maniaco depresivo. El inventor del psicoanálisis, en un análisis extremadamente extenso para la época -que duró desde

---

<sup>1</sup>Krafft-Ebing, R. V. (1955 [1886]) *Psicopatía sexual*. El Ateneo. Buenos Aires, 1955. p. 81.

1910 hasta 1914, y luego un segundo tramo a fines de 1919- no titubeó en diagnosticar una fobia infantil que va a desembocar en una neurosis obsesiva, aunque no sin cierto pequeño fragmento de histeria que podemos encontrar detrás de la neurosis obsesiva. Ruth Mack Brunswick, la analista a la que lo deriva Freud cuando éste se niega a tomarlo por tercera vez en análisis en 1926, en un tratamiento que lo muestra francamente desencadenado, con un delirio persecutorio que arremetía contra una serie de médicos que lo habían perjudicado, principalmente por una intervención quirúrgica en su nariz, lo califica de paranoia hipocondríaca con un corte megalómano por jactarse de ser “el hijo favorito de Freud”. La analista Muriel Gardiner, su amiga y confidente que lo entrevista durante décadas hasta publicar sus memorias bajo el título *El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos*, se inclina por el diagnóstico de Freud aunque acentúa su carácter depresivo no psicótico. Lacan, por su parte, en distintos momentos de su enseñanza habla de su neurosis obsesiva, mayoritariamente de la *Verwerfung* del nombre-del-padre y en consecuencia su psicosis, e incluso, aunque haya quedado mutilado de la versión del *Seminario 10* establecida por Jacques Alain Miller, Lacan se refiere al Hombre de los Lobos como ¡*borderline!* el 19 de diciembre de 1962<sup>2</sup>, término diagnóstico que es un hito sin precedentes e irrepetible en toda su obra, a sabiendas del desprecio que Lacan tenía por esa denominación que borroneaba las fronteras entre las estructuras subjetivas. ¿Cabe algún otro diagnóstico en nuestro paciente ruso? En mi opinión sí, el más interesante y controversial de todos, el nombre que él pudo hacerse *con* el psicoanálisis: el Hombre de los Lobos, como Serguéi Pankejeff, identificado con su propio caso, se hizo llamar hasta el final de sus días. ¿Por qué? Porque ese es el nombre que tomó prestado de Freud, el padre-del-nombre, para nombrar al goce que lo habita en su más ajena intimidad o en su más familiar extrañeza.

Tras la revolución de Octubre de 1917 el joven aristócrata ruso queda arruinado, exiliado en Viena y abandonado a vivir con muy pocos recursos en el escenario de posguerra que diezmaba a Europa, en esta situación acude a Freud por segunda vez en 1919, un año después de publicarse su historial. Cuando retoma el tratamiento con Freud el paciente presentaba los mismos síntomas que antes aunque posiblemente agravados por su ruina económica. Freud entonces organiza durante algunos años una colecta de dinero para ayudar a su “famoso” paciente a hacer frente a su miseria. Fue así como Serguéi fue literalmente devorado por los lobos, es decir, devorado por el

---

2 Ver La versión del *Seminario 10: La angustia* (1962-63) de Jacques Lacan traducida por Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

personaje de su historial. Desde entonces, paralelamente a un trabajo burocrático de poca monta, vivió y comió de la comunidad psicoanalítica, contando múltiples versiones de su historia, pintando en serie el célebre sueño de los lobos que vendía a los analistas que querían tener un recuerdo de esa leyenda viva del psicoanálisis, interpretando y reinterpretando su propio caso, embalsamado en el mundo del psicoanálisis, esta «momia del psicoanálisis» -como lo llamó Lacan en el seminario que le dedicó en 1952- asumió como nombre propio *Wolfsmann* hasta su muerte en 1979.

Uno puede entrar a este historial por infinidad de aristas, aunque posiblemente una de las más fecundas sea la de la angustia. En esta pendiente el caso del Hombre de los Lobos no es solamente un eslabón intermedio en las elaboraciones freudianas sobre la angustia que van a despuntar en *Inhibición, síntoma y angustia* en 1926, donde vuelve sobre el caso para su reformulación. No es casualidad que la publicación del historial en 1918 esté escoltado por otros dos textos célebres que van a la zaga en 1919: *Pegan a un niño* que es un texto sobre el fantasma y *Lo siniestro (Das Unheimliche)*, que es un texto sobre el reverso del fantasma. Lacan en su seminario consagrado a la angustia nos dice: “Así como abordé el inconsciente mediante el *Witz*, abordaré este año la angustia mediante lo *Unheimlichkeit*”<sup>3</sup>. La experiencia de lo *Unheimliche* no remite a la irrupción del inconsciente sino fundamentalmente a la descomposición de las piezas del fantasma, al desensamblado de la matriz que constituye el esqueleto de la realidad. En el Hombre de los lobos esta experiencia se da a través de un sueño de angustia que data de antes de los cuatro años de edad. Sucintamente dice el texto del sueño: él está acostado en su cama y la ventana de su cuarto se abre y 6 o 7 lobos blancos subidos a un nogal lo miran fija y tensamente. El niño se despierta ante la angustia que le provoca el sueño que no logra velar fantasmáticamente ese real que se precipita en la mirada fija y tensa de los lobos. La brecha que separa a lo real de la realidad es la misma que separa a la mirada respecto del cuerpo. Hay instantes, como en este sueño, donde dejamos de ver para ser mirados, no por la mirada “de los lobos”, que ya es un intento de nombrar lo que escapa a la simbolización, sino por una mirada éxtima. El ensamblaje del campo visual constituye un complejo artificio a través del cual el sujeto no ve que es mirado. En esos momentos de encuentro con un real fuera de toda pre-visibilidad, dejamos de ver para ser mirados por una mirada éxtima, *unheimlich*. Y en esos instantes, como dice Lacan respecto a Edipo de cara a Tiresias, no es tanto que se nos caen las vendas de los

---

3 Lacan, Jacques (1962-63). *El Seminario Libro 10: La angustia*. Paidós. Buenos Aires, 2006. p. 52.

ojos, el velo, sino que los ojos se nos caen como vendas. Por esta razón, coincido con Miller cuando dice que el seminario de *La angustia* de Lacan es *El Anti-Edipo* casi diez años antes que lo escribieran Deleuze y Guattari<sup>4</sup>, porque despoja a la figura del Otro como agente o amenaza de la castración; porque sitúa los límites de pensar el inconsciente como una tragedia griega avanzando más allá del mito de la castración hasta recortar esos pedazos del cuerpo que son parciales respecto de ninguna totalidad; porque la larga serie de sus objetos eróticos, Grusha, Teresa, o la hermana que comulgan según Freud con las figuras edípicas, no son sustitutos de ellas, sino que hasta mamá y papá son sustitutos del objeto pulsional, lo que en el álgebra lacaniana se escribe objeto *a*. La mirada que se presentifica en el sueño de angustia como objeto real, sin el velo del fantasma, es un pedazo del cuerpo que se define por estar en relación al cuerpo, precisamente fuera de él, esto es la castración. Se suele decir que el oído no tiene párpados pero la mirada cuando se presenta desgarrando el velo de la realidad tampoco tiene párpados. El hombre de los lobos entonces se despierta del sueño para seguir soñando, para seguir adormecido en la realidad, no porque la realidad sea ilusoria, sino porque la realidad es fantasmática: habitamos una escena que por más verídica que se presente posee estructura de ficción.

Pues, la fobia a los lobos es ya un autotratamiento subjetivo a la angustia que irrumpe en el sueño, la fobia transforma la angustia en miedo. Para Freud la angustia a diferencia del miedo carece de objeto, no tiene representación. La fobia es entonces la tentativa de articular una representación a la angustia, “los lobos”, convirtiéndola en un miedo que, por más terror que cause, se deja domesticar por el significante. Lacan en este punto nos dice rectificando a Freud que la angustia *no es sin* objeto, lo que quiere decir que la angustia si bien carece de representación o significante tiene un objeto cuya naturaleza no está hecha con la estofa de lo simbólico, sino que es la única traducción subjetiva del objeto real.

En este sentido la traducción de Felisa Santos en esta edición me parece superadora a las canónicas de López Ballesteros y Etcheverry, al mantener la ambigüedad del término *Angst* que se puede traducir tanto como angustia o como miedo. El Hombre de los Lobos no siente angustia frente a los lobos, siente miedo (*Angst*), mientras la angustia (*Angst*) es el afecto propio del sueño, que en este caso no es la vía regia al inconsciente sino a lo real.

---

4 Miller, Jacques-Alain (2007) *La angustia lacaniana*. Buenos Aires. Paidós. 2007. pp.42 y 62.

Las enseñanzas que nos arroja este historial son muchísimas, por seguir señalando algunas, las que tal vez a mí me parecen más interesantes:

La lógica del *troumatisme*, (neologismo lacaniano que condensa trauma, *traumatisme*, y agujero, *trou*) que hace agujero en lo simbólico y que Freud persigue hasta el límite del recuerdo buscando la causalidad de sus síntomas, y como el paciente no lo puede recordar, Freud lo entreteje en una trama edípica con una precisión de detalles sorprendente: la escena originaria. Y el pasaje al acto con el que el niño responde a la angustia de quedar afuera de la escena del goce de los padres: la defecación, es decir, el desecho al cual se reduce. Tenemos también, las diversas posiciones que el sujeto asume frente a la castración: aceptación (siempre parcial), represión y forclusión (*Verwerfung*). Siendo ésta última uno de los principales puntos de apoyo para la famosa formulación de Lacan: la castración rechazada de lo simbólico retorna en lo real, tal como se infiere de la alucinación del dedo cortado cuando era todavía un niño, y luego, muchos años después, a propósito del daño en su nariz que lo atormentaba durante su tratamiento con Ruth Mack Brunswick, “una castración alucinada, esto es el agujero en su nariz”<sup>5</sup>, escribe ella, anticipadamente lacaniana.

En ningún otro historial se revela con tanta agudeza la matriz sobre la que se forjan las determinaciones inconscientes que rigen los encuentros y las condiciones de la vida amorosa. Que hablemos de *condiciones* eróticas en la vida amorosa, lleva por premisa que desde que ponemos un pie en el lenguaje el instinto se pierde y con él toda suerte de objeto natural de complementación; el sexo del partenaire no basta para orientar el deseo, las relaciones amorosas se apoyan en condiciones eróticas necesarias, que encuentran su materialidad en ciertos rasgos significantes metaforizados en el campo del Otro. En fin, hay condiciones eróticas porque no hay instinto sexual. Estas condiciones tienen sus resortes en las vivencias sexuales contingentes de la infancia, en los encuentros de la infancia con el deseo, la demanda o el goce del Otro como lo ilustra extraordinariamente este historial. Las vivencias sexuales de la infancia dejan como saldo fijaciones de goce a las que el sujeto queda cautivo, determinando inconscientemente el campo del deseo y la atracción hacia aquellos partenaires que encarnen o metaforizan esas condiciones de goce.

---

5 Mack Brunswick, Ruth (1928) “Suplemento a la Historia de una neurosis infantil de Freud” *En El Hombre de los Lobos por El Hombre de los Lobos*. Buenos Aires. Nueva Visión. 2002. p. 203.

Lacan nos dice taxativamente que si hay algo que instituye el acto del analista como discurso del analizante, es decir como experiencia analítica, es la histerización del discurso del sujeto, y agregaría, cualquiera sea el tipo clínico. La histerización del discurso es condición del análisis, sea un sujeto obsesivo, fóbico, paranoico, sádico o - sin agotar la lista- incluso histérico. Tampoco se trata de neurotizarse al psicótico o al perverso sino de histerizar su discurso. Tomemos el síntoma intestinal del Hombre de los Lobos que representaba para Freud el pequeño fragmento de histeria que se hallaba detrás de su neurosis obsesiva. Hace años que este paciente venía aquejado, además de una ferviente incredulidad frente al tratamiento psicoanalítico que hacía infructuosa toda intervención de Freud, de una perturbación intestinal que lo paseaba por diferentes consultas médicas, perturbación que desde que había comenzado el tratamiento consistía en una constipación aguda que impedía la evacuación espontánea, aunque en verdad, esta perturbación se había prolongado con pocos cambios desde su infancia. Dice Freud en este punto “el intestino como un órgano históricamente afectado empezó a ‘participar’ (*mitsprechen*) del trabajo”. *Mitsprechen* quiere decir literalmente “intervenir en la conversación”. Ese *mitsprechen* del cuerpo hablante señala precisamente el punto de inflexión en el que se produce la histerización del discurso que es clave, en este caso como en cualquier otro, para la puesta en forma del síntoma como brújula que orienta la dirección de la cura. Freud ya no dialoga con el Hombre de los Lobos, con su paciente, sino con su cuerpo parlante, inquiere y escucha a un cuerpo cuyo tejido es la dimensión simbólica e histórica que está condensada en los síntomas del cuerpo.

Más allá de que considero que el Hombre de los Lobos es un psicótico excepcional, eso no desacredita lo que el caso enseña sobre la neurosis obsesiva y sus particularidades en el análisis: El vínculo de la neurosis obsesiva con la religión, que no es otra cosa que una neurosis obsesiva en masa. Las metamorfosis del erotismo anal que atraviesan desde su sintomatología, pasando por sus elecciones de objeto hasta sus rasgos de carácter en la base de su obsesión. Las dudas, síntoma típico de la neurosis obsesiva, que lo aquejaron durante toda su vida, como señala Lacan, son para evitar lo que en la angustia es certeza horrible. La inhibición que habitualmente padecen los obsesivos capturados por su narcisismo, donde lo que se interpone entre ellos y la acción que quieren ejecutar es su propia imagen. Toda la *intelligentsia* del obsesivo que parece brindarnos nexos asociativos, recuerdos y conexiones maravillosas durante el

análisis, al servicio de una inflación de lo imaginario y del sentido que no precipita en ningún acto ni consecuencia, está a la orden del día en este caso. Y por supuesto la pregnancia escópica como otro de los objetos privilegiados en el fantasma obsesivo, y que es a la vez una de las coartadas más logradas a la castración. Cabe señalar también otro de los temas corrientes en la clínica de la neurosis obsesiva -aunque por supuesto tampoco es patrimonio de esta- la resistencia del obsesivo a aceptar una pérdida que ya fue consumada desde el vamos y el narcicismo de las causas perdidas, pues la indagación sobre el proceso del duelo en este historial le dio a Freud gran parte de la materia prima para escribir *Duelo y melancolía* en 1915. El suicidio temprano de su hermana a penas mayor que él y la muerte de su amado padre trazan una constelación de pérdidas que le salen al paso a Freud para explorar el trabajo del duelo, su devenir patológico y el contrapunto con la melancolía, que en mi opinión, ya se encontraba en estado larvario en el Hombre de los Lobos.

Además de ser este historial un prodigioso ejemplo de la técnica psicoanalítica y sus problemas, una última apreciación sobre el quehacer de Freud. Tenemos en este historial a un Freud que en el arte de sus intervenciones y en la elucubración del caso podemos decir que es absolutamente delirante, aunque no por eso menos riguroso. Por este motivo Lacan sostiene: “el psicoanálisis es una práctica delirante, pero es lo mejor de que se dispone actualmente para hacerle tener paciencia a esa incómoda situación de ser humano. En todo caso es lo mejor que Freud encontró. Y él sostuvo que el psicoanalista nunca debe vacilar en delirar” y luego remata diciendo: “si fuera más psicótico probablemente sería mejor analista”<sup>6</sup>.

*Por Tomás Otero*

*Agosto de 2019, Chacarita.*

---

<sup>6</sup> Lacan, Jacques (1976) “Apertura de la sección clínica”. En *Ornicar?* Nro. 3. Barcelona. Champ Freudien. 1982. pp. 44-45.